

ÓRDENES RELIGIOSAS: TERAPIA DE DIOS PARA LA IGLESIA

Religious orders: God's therapy for the church, Theology Digest, 33 (1986) 203-212

Problemas actuales de las ordenes religiosas

Pasado ya el tiempo en que el número de jóvenes que respondían a la llamada a la vida religiosa permitía a las comunidades llevar a cabo su misión y su vida, se vive hoy una falta de vocaciones que se atribuye a diversas causas. Una de éstas apunta al aumento de la familia nuclear en detrimento de la familia numerosa; sin embargo, esto significaría que el gran número de entradas en las comunidades solía obedecer más a razones socioeconómicas que a la auténtica llamada de Dios. En realidad si Dios puede hacer nacer hijos de las piedras, ¿cómo no va a poder llamar al hijo único a la vida religiosa?

Las demás explicaciones adolecen también de no tener en cuenta a Dios. Si tenemos que considerar el significado y el futuro de nuestra existencia como órdenes religiosas, debemos situarnos en el nivel de la fe, en el cual existen dos hipótesis: 1) hemos traicionado nuestra llamada, y por ello Dios ya no puede usarnos y debe ingeniar otros mecanismos para llevar a cabo su cometido en la iglesia y en el mundo, siendo posible sin embargo nuestra conversión; 2) Dios simplemente sigue realizando su misión, pero por nuevas vías distintas a nuestras comunidades porque la situación ha cambiado y se necesita algo nuevo. Habrá que discernir en la biblia cuál es la voluntad de Dios en el mundo.

Determinar cuál de las dos posibilidades cabe aplicar en cada caso no sólo es difícil para nosotros y nuestra comunidad, sino también para muchos jóvenes que ya no tienen ante sí únicamente la llamada a la vida religiosa sino muchísimas más posibilidades: servicio pastoral, compromiso con el tercer mundo, etc.

La voluntad de Dios en la historia: la transformación del mundo

Cuando decimos que Dios nos quiere "salvar", nos referimos a la misma "salvación" que los antiguos pueblos, como Israel, esperaban de sus reyes: salvación de los enemigos externos, pero también de los males internos (salvación individual, de las estructuras sociales corrompidas, de la pobreza y de la enfermedad). Una salvación que incluía la sociedad humana. Dios quería ser salvador de Israel, y hacer de él una sociedad en paz, sin pobreza, en contraste con la esclavitud sufrida en Egipto. Ese mismo modelo de salvación corresponde también a nuestra sociedad tan llena de sufrimiento y desgracia.

Al final de la historia del AT queda muy claro que la verdadera salvación sólo puede esperarse de Dios quien, al final de los tiempos, se erigirá como rey. Jesús nos anunciaba que ese momento había llegado y que el reino de Dios se acercaba. A partir de entonces, las semillas de este nuevo reino, la nueva sociedad transformada, darían fruto treinta, sesenta, cien veces. Y ello tendría lugar entre el pueblo de Dios, la iglesia,

la nueva sociedad que debería destacar entre todas las demás por su paz y su felicidad, y ser el norte de todas ellas.

Sin embargo, no se prescinde de la salvación individual, ya que sólo la fe en Dios y la transformación interior permiten la entrada en su reino. No se niega tampoco el más allá, pues es junto al Padre donde lo que somos se revelará completamente. También se mantiene la teología de la cruz porque, hasta que el Señor envíe a sus segadores, la cizaña seguirá creciendo entre el trigo. La nueva sociedad de Dios siempre vivirá bajo la persecución y el dolor. Sin embargo, la tarea específica de Dios es obrar el milagro de transformar el mundo. Pero, ¿es también el objetivo cristiano en nuestro tiempo y lugar?

Al elaborar esta visión de salvación nos centramos en dos conceptos: 1) la iglesia debería ser una "contra-sociedad" o "sociedad de contraste" divina frente a las sociedades corruptas de nuestro mundo; 2) de serlo, aparecería como una "sociedad modelo" para el mundo. Con frecuencia evitamos concebir la iglesia como una "sociedad" y seguimos las ideas de nuestra sociedad moderna sobre la iglesia.

Al fundamentar teológicamente su teoría del estado, Thomas Hobbes afirmaba que el reino de Dios existió en el AT y existirá cuando Jesús vuelva al final de los tiempos, pero entretanto vivimos en la era del estado, tiempo en el cual el papel de la iglesia es sólo de apoyo a ese estado y de preparación de las almas para entrar en el reino celestial; la promesa de felicidad eterna conforta el sufrimiento de los hombres.

Si bien la sociedad ha cambiado mucho desde Hobbes, el papel de la religión y su exclusión de todo lo relativo al mundo siguen igual. La religión, en el sistema social actual, es un subsistema funcional más entre otros muchos (estado, economía, arte, educación...) administrado básicamente por las iglesias cristianas tradicionales, al que la gente acude los domingos a repostar felicidad para superar las banalidades de la semana, para ritualizar los momentos críticos en los que se cuestiona el significado de la vida (nacimiento, matrimonio y sobre todo muerte) y para contrarrestar el extendido lamento por la finitud de la existencia alimentando la esperanza en la trascendencia eterna. Nuestra sociedad moderna necesita de la religión, pero la limita, como subregión de la vida, al individuo (su vida interior), apartándola de las cuestiones estrictamente sociales y terrenales.

Si los cristianos y teólogos hoy protestan al oír hablar de la "sociedad de contraste" y "sociedad modelo" deben cuestionarse si se alinean con la visión mayoritaria actual o con lo que se desprende de la biblia. En cuanto que religiosos, ya vamos en contra de lo normal en la sociedad: la condición de cristianos que asumimos también tiene que ver con la actitud ante el dinero y el estilo de vida comunitaria.

Existe un vínculo entre la tarea de la iglesia de ser una "sociedad de contraste" y la existencia en su historia de monasterios y órdenes religiosas, por cuanto nuestras comunidades siempre han alcanzado un nuevo significado cuando la iglesia olvidaba o traicionaba su cometido social. Fue entonces cuando Dios instituyó las órdenes religiosas como "terapia para la iglesia".

Las ordenes religiosas como terapia de Dios para la iglesia

Curiosamente no existían monasterios ni órdenes religiosas al principio, pero probablemente desde un primer momento la iglesia tuvo dos carismas: la renuncia a las posesiones por el evangelio y la renuncia al matrimonio por el reino de Dios. Estos carismas estaban incrustados en la vida de las primeras comunidades. Aquellos que Dios había llamado como (pobres) predicadores itinerantes o como vírgenes y viudas no tenían por qué reunirse en grupos para desarrollar sus carismas: su "monasterio" era toda la comunidad.

Con el constantinismo la iglesia dejó de ser la sociedad de contraste de Dios y se ajustó a la vieja sociedad, y los creyentes empezaron a abandonar el supuesto estado cristiano y vagaron por el desierto, dando origen a las comunidades religiosas: una sociedad de contraste en el interior de la iglesia. Esa fue la terapia que Dios le aplicó a través de monjes, monjas y monasterios.

Los miembros de las órdenes religiosas simplemente eran cristianos que sintieron la necesidad de vivir lo que leían en el evangelio -algo muy distinto a lo que se llama cristiano pero no lo era- al oír una música interior sugerida por la palabra de Jesús, junto con otros que también la oían. Así contrastaban con la iglesia. En occidente los monasterios benedictinos vivían la nueva sociedad con el firme convencimiento de que podía cambiar todas las dimensiones de la realidad. En la edad media, las órdenes mendicantes vivían como sociedad de los pobres en fraternal igualdad en una iglesia enriquecida y obsesionada por el poder. Recientemente los religiosos han demostrado a una iglesia paralizada por la tecnología que el evangelio es ante todo un evangelio para los pobres y pertenece en primer lugar a los enfermos y a los niños. Veo en ello el verdadero ímpetu de las comunidades que derivan de Charles de Foucauld en vivo contraste con un mundo frío y mecánico y una iglesia superorganizada.

Hay dos modelos básicos en el NT que orientan las órdenes religiosas: 1) la primera comunidad de Jerusalén, en la que todo se compartía humildemente y fraternalmente ante Dios; 2) los discípulos que siguieron a Jesús, dejándolo todo y confiando sólo en que Dios les proveería de todo lo necesario. Vienen a la memoria aquí Francisco, Domingo, Ignacio y los fundadores de comunidades mucho más recientes.

Ambos modelos bíblicos son complementarios. La nueva sociedad de Dios es visible a través de la vida y actos de nuestras comunidades, sea cual sea el modelo bíblico seguido. Nuestra existencia como unidades es terapéutica para la iglesia, para que reconozca su enfermedad y sane. Si esto llegara a cumplirse o Dios devolviera a la iglesia por otros medios su esplendor originario, las órdenes religiosas ya no tendrían razón de ser, porque todos los carismas podrían encontrarse dentro de la comunidad cristiana global. Sin embargo, hasta que esto se alcance, la misión de la iglesia de ser signo de Dios para la sociedad humana debe realizarse al menos en las órdenes religiosas.

La sociedad de contraste cristiana y las ordenes religiosas hoy

La iglesia dejó de ser una fortaleza cerrada y abrió sus puertas al mundo con el concilio Vaticano II. En las órdenes religiosas nació una nueva sensibilidad cristiana respecto al

mundo. Hay dos conceptos de "mundo" en la biblia: 1) como creación, plenitud de la realidad-uso postconciliar-; 2) como "mundanidad", "pecado del mundo". Toda estructura social humana está irremisiblemente impregnada de pecado. El hecho de que nuestra sociedad permita la ayuda de la "religión" en lo que ésta le es imprescindible, pero sistemáticamente le impida participar del conjunto de la realidad, suena a "mundo" en su sentido más negativo. Quizás el concilio no subrayó adecuadamente este aspecto, por lo que con frecuencia nos hemos acomodado sin discernir dónde hubiéramos tenido que buscar contraste. Nosotros como religiosos debemos preguntarnos si no somos demasiado "mundanos" y por ello Dios nos niega jóvenes.

Un aspecto peligroso de nuestra "mundanidad" es que nos hemos acomodado al mundo precisamente en nuestro servicio apostólico, trabajando de hecho no para Dios sino contra él al no buscar su mundo de contraste: en nuestra encomiable tarea en nuestros hospitales y asilos, ¿no es cierto que estamos ayudando a una sociedad llena de prejuicios, de sanos y jóvenes, eficiente para organizar y dirigir del modo menos inquietante las personas que se apartan de los *standards* sociales predominantes, los enfermos, los ancianos, los que sufren y mueren? ¿Nuestras escuelas educan a los jóvenes para una vida de contraste cristiano o los forman sólo para adaptarse bien a nuestra sociedad?

Hay que decir ante todo que nuestras escuelas y hospitales son mucho mejores, más humanos y más cristianos que los civiles y públicos. Además, nuestra tarea en ellos sólo puede calificarse de heroica y santa, por el poco número y avanzada edad de la mayoría de nosotros. Entonces, ¿será reconocible la sociedad cristiana de contraste a través del *stress* y el heroísmo? ¿No debe la cristiandad auténtica ante todo ser misericordiosa con ella misma? Además, el hecho de que nuestras escuelas y hospitales sean un poco mejor que otros y que en ellos se oigan con más frecuencia cosas cristianas, ¿es un indicio de que son ya realmente un contraste cristiano para nuestra sociedad no cristiana? ¿Existe por nuestra parte una decisión real de crear una sociedad de contraste?, ¿cuándo fue la última vez que como comunidades reflexionamos sobre cómo sería nuestro trato cristiano alternativo a los enfermos, ancianos, y nuestra educación cristiana alternativa?

¿Es posible que los jóvenes no acudan a nosotros porque perciben nuestra preocupación por acomodarlos a nuestra sociedad? ¿Buscan el distintivo cristiano pero no lo encuentran en las órdenes religiosas? Normalmente los jóvenes quieren la alternativa cristiana al mundo de sus padres, el cual, según ellos, apesta a celestial. Pero miran en las órdenes religiosas, descubren que no serían más que una pieza en la maquinaria de este odiado mundo, incluso con gran motivación cristiana, y dicen: "no, gracias".

En las llamadas órdenes contemplativas la preocupación por los candidatos no existe como en las hospitalarias o educativas. Muchas de sus costumbres y atuendos, anclados en el tiempo, no impiden el interés de algunos jóvenes por esas órdenes. ¿Es que actualmente la sociedad de contraste de Dios se reconoce mejor en las órdenes contemplativas que en las dedicadas a la enseñanza o al cuidado de enfermos y ancianos?

La sociedad de contraste cristiana precisa de una conversión colectiva sobre todo en aquellas órdenes religiosas cuya tarea de hecho es más una acomodación al "mundo" que una alternativa. De otro modo, Dios no podrá usarlas para su cometido, y deberá empezar con nuevos métodos. Quizás éstos son necesarios en cualquier caso.

Aparte del celibato y la pobreza existen otros carismas, como la propiedad y la familia, que no estaban representados en las formas tradicionales de vida religiosa y que por su mayor contacto con nuestra sociedad deben ser potenciados en comunidades (no las religiosas tradicionales) que así puedan ayudar a otros cristianos en sus actitudes ante esos fenómenos sociales.

Las actividades profesionales que la sociedad actual ofrece son inmensas. Una sociedad de contraste hoy debe estar presente en todas ellas, y no limitarse a las que tradicionalmente han venido cubriendo las órdenes religiosas. ¿Pueden estas órdenes ampliar las posibilidades de profesiones y empleos?

La terapia de Dios para la iglesia incluye el establecimiento de comunidades más nuevas. La obra transformadora del mundo debe situar los casados junto a los célibes, los hombres de negocios junto a quienes renuncian, a sus propiedades, etc. En muchas partes del mundo hay un impulso creciente, reminiscencia del pasado, que lleva a la gente a las órdenes religiosas. Por un lado todo es distinto. No sólo los célibes, sino también quienes optan por el matrimonio se unen en comunidad. Pero, al mismo tiempo, hay mucha gente que entra en estas nuevas comunidades de la misma manera que antes entraban en los monasterios. Lo importante no es que nuestras comunidades florezcan, sino que la melodía de Dios resuene en el mundo.

Pero no es cierto que, dada la nueva realidad de la iglesia, todas las viejas comunidades son ahora superfluas. La nueva sociedad de contraste actual tan activa espiritualmente puede ayudarnos a ver de nuevo dónde encajamos, quiénes somos y qué podemos ser. Quizás algunas órdenes, exhaustas por la actividad, vuelvan a aprender que lo crucial no es la actividad sino el ser: modelar la alternativa cristiana de que Dios quiere mostrar su mundo a través de los seres humanos que se convierten al evangelio.

Vivimos en un mundo en el que Dios realiza una tarea silenciosa pero implacable. Quiere cambiar el mundo y lo hace a través de la iglesia. Cuando ésta languidece él despierta nuevos movimientos en ella y los usa, si se dejan usar. Dios vuelve a usar también a los hijos e hijas de movimientos más antiguos como terapia para toda la iglesia.

Los religiosos debemos examinar si nuestro trabajo y nosotros mismos estamos a la altura de lo que dice la Biblia o tan sólo nos acomodamos al mundo. Pero, no hay que vivir en la ansiedad. Ciertamente que cuanto más nos fijemos en Dios y en sus actos, más brillará su contraste entre nosotros, y los jóvenes lo verán. No es verdad, sin embargo, que la única solución para algunas de las órdenes actuales sea "aprender a morir". No hay que olvidar que cabe la posibilidad de la conversión, que la llamada a este tipo de vida no es ciertamente producto de esfuerzos humanos, y que generalmente la existencia de estas realidades de contraste de Dios depende de un milagro. No olvidemos nunca: el Dios de Abraham puede hacer nacer hijos de las piedras del desierto.

Tradujo y extractó: VICTOR SANCHEZ I VAQUE